

Rodrigo Gómez Lorente

Ser conservador es el nuevo punk

Comunidad, identidad, belleza, espíritu

Epílogo de Enrique García-Máiquez

la esfera  de los libros

ÍNDICE

PRÓLOGO por Rodrigo Gómez Lorente	11
1. RECUPERAR LO LOCAL, por Carlos Hernández	17
Densidad social	24
Identidad colectiva	29
Tierra y patrimonio	33
Compromiso con la polis	39
Un modelo de vida que se desmorona	44
El retorno de la geografía	50
Cómo combinar lo local y lo nacional	57
2. RECOBRAR LA BELLEZA PERDIDA, por Jaime Cervera	63
I. Cuando la modernidad abandonó la belleza	65
Causas filosóficas	65
La cuestión de la objetividad	68
Cambios en los estilos de vida	69
II. Manifestaciones de la pérdida de belleza: las artes ..	71
Las artes plásticas	71
Hormigón visto y <i>tira millas</i> : la arquitectura	73
El cine: el caso de Hollywood	75
La música	78
III. La belleza como solución: la <i>via pulchritudinis</i>	79

3. ALIMENTAR EL ESPÍRITU, por Marisa de Toro ...	83
<i>Nosce te ipsum</i>	85
<i>El homo ludens</i> y el <i>homo festivus</i>	89
La bondad de la nobleza de espíritu	99
La educación de las musas y el abismo del corazón humano	103
La educación sentimental más allá de los libros	107
La poderosa y bondadosa influencia de la tauromaquia	112
4. PROTEGER LA FAMILIA, por Jaime Revès	115
La forja de un punk	117
La belleza de la familia	121
Christopher Lasch: un pensador para conocer de cerca	124
Radiografía de una nueva generación	127
Nuevos imperativos sociales	132
<i>La Manif Pour Tous</i>	135
La familia, vista desde la izquierda	137
La ideología de género y la nueva moral	141
Escuela para punks	143
De la resistencia a la reconquista	146
5. REFORZAR LA COMUNIDAD, por Esperanza Ruiz	153
Centremos el tiro: algunas bases del conservadurismo	156
La sociedad es la unidad fundamental y la familia su profeta	158
El «progreso» de las redes sociales	163
Peta Zetas en la boca, o cómo las nuevas formas de ligar afectan al establecimiento de vínculos ...	165
La comunidad por excelencia: el barrio	168
Centinelas de la comunidad	170

No ha habido ningún bautizo este año	174
Donde digo conservador digo <i>normie</i>	183
Los que se marchan de Omelas	186
EPÍLOGO, por Enrique García-Máiquez	193
La casa común del conservadurismo	193
Mínimo común conservador	196
El contenido conservador	198
Utilidad política del concepto	199
NOTAS	203
BIBLIOGRAFÍA	207

PRÓLOGO

«Sería tonto de remate si no votase a Trump. Es la única opción sensata». Con estas declaraciones a una periodista de *The Guardian*, el cantante de los Sex Pistols, Johnny Rotten, escandalizaba al mundo una vez más. El que fuera líder del conjunto más emblemático de la música punk parecía, para sorpresa de muchos, haberse vuelto conservador.

¿O fue solo una gamberrada con la que incomodar a los medios de comunicación? Lo cierto es que, más allá de las convicciones políticas del Sr. Lydon (a.k.a. Johnny Rotten), la defensa de algunos principios políticos o morales se ha convertido en una auténtica afrenta para los acuerdos sociales de nuestro siglo.

Somos parte de una civilización exhausta. De un mundo que ha renegado de sus raíces y abandonado su propósito civilizador. De una cultura que camina, inexorablemente, hacia su disolución. Por eso resulta tan extravagante querer reconectar con esas raíces e insuflar vida a Occidente para volver a conectar el pasado, el presente y el futuro. De ahí que formar una familia, apostar por la identidad local o defender que existen verdades inmutables resulte hoy día tan provocativo como hace cuarenta años lo era llevar cresta, calzarse unas Dr. Martens o aseverar que la reina Isabel II

(q.e.p.d.) «*is not a human being*», como reza la letra de «God Save The Queen», uno de los himnos de los Sex Pistols.

Ser conservador, en definitiva, se ha convertido en el nuevo punk. Defender posiciones ampliamente compartidas hace tan solo treinta años es ahora un pecado imperdonable que puede justificar tu exclusión de la sociedad. Llevamos años viéndolo en empresas, universidades y medios de comunicación. Marcas acosadas por «ofender» a algún colectivo (¿se acuerdan de los Conguitos?), y periodistas y profesores «cancelados» por la masa enfurecida cuando osan cuestionar alguno de los dogmas de nuestro tiempo. Pero, como ha sucedido siempre, los márgenes de la legalidad y la corrección generan también una atracción irresistible. Por eso la gente está perdiendo el miedo a afirmar «que el pasto es verde». Por eso observamos esta efervescencia cultural en el ámbito conservador, con pequeños pelotones de voluntarios cada vez más numerosos y dispuestos a enfrentar la hegemonía cultural de la izquierda.

Pero ¿qué es ser conservador? Nosotros creemos, como el filósofo sir Roger Scruton, que se trata más de un instinto que de una idea. El instinto «de aferrarse a aquello que amamos, de protegerlo de la degradación y la violencia, y de construir nuestras vidas en torno a él».

Otro filósofo inglés, Michael Oakeshott, definió esta sensibilidad en su ensayo canónico «On being conservative» (1962), donde enumeró las inconfundibles características de un conservador, que pasan por preferir «lo familiar a lo desconocido, lo probado a lo probable, lo actual a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo próximo a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto y la risa presente a la felicidad utópica».

¿Y cómo se puede ser conservador en el mundo de hoy? Vivimos un momento de máxima gravedad, con unas élites supranacionales al volante de una apisonadora que quiere destruirlo

todo para empezar de nuevo. Una *tabula rasa* que aspira a destruir todas las estructuras sociales, culturales y políticas que han configurado lo que somos, y a implantar una nueva forma de vida, una «sociedad abierta» ajena no solo a nuestra tradición, sino a la propia naturaleza. Por eso, ser conservador hoy no puede limitarse a interpretar el papel de amortiguador del cambio ni, como acusaba Gilbert K. Chesterton, a convertirse en una figura indolente con la ocupación de «impedir que los errores [de los progresistas] se corrijan».

En esta tesitura, los conservadores debemos pasar a la acción. Perder el miedo a confrontar. Afirmar que existen cosas sagradas y que ha llegado el momento de defenderlas. De lo contrario, pronto no quedará nada que proteger ni conservar. Ese instinto o esa sensibilidad de los que hablaban Scruton y Oakeshott nos impelen a defender nuestro país, nuestras costumbres y nuestra herencia cultural como si estuviésemos protegiendo nuestro propio hogar. Un hogar a punto de declararse en ruina, pero por el que aún merece la pena batirse.

¿Cómo encaja esto en el panorama político actual? Nosotros creemos que el pensamiento conservador se erige como el último bastión frente a un pensamiento hegemónico que ha impregnado todas las ideologías hasta hace poco dominantes. Desde el populismo de izquierdas, «eficiente títere del dinero» que sirve de ariete al neoliberalismo desbocado, a la presuntuosa socialdemocracia o la inmovilista democracia cristiana. ¿Acaso no defienden los mismos principios Ana Patricia Botín e Irene Montero? ¿O la izquierda *woke* y las grandes multinacionales?

Hasta la llegada, hace pocos años, de lo que algunos han definido como «conservadurismo nacional», existían una serie de temas cerrados, de consensos alcanzados al margen del sentir mayoritario de la sociedad. Había opiniones proscritas que no podían ser enunciadas, bajo pena de aislamiento social. Los conservadores

se habían resignado a intentar atemperar los cambios y, en el fondo, a ver cómo, lentamente, su mundo desaparecía.

Pero la llegada de Donald Trump sacudió los cimientos de ese estatus forzado en la política occidental. Gusten más o menos sus formas, este excéntrico magnate demostró que esos consensos estaban en realidad cogidos con alfileres, y que le eran ajenos a una gran parte de la población. Desde entonces, partidos, movimientos y entidades conservadoras han sacado el pie que tenían en la tumba para formar en orden de batalla.

El apego por la tierra, la comunidad (pasada, presente y futura) y las tradiciones son la esencia de la sensibilidad conservadora, sí. Pero, para que estas puedan sobrevivir, tenemos que saber protegerlas. Y esto pasa por no rendir causas como la defensa de las instituciones, de la soberanía nacional o de la herencia cultural al avance incontenido de un globalismo uniformador.

Por eso, desde la *Revista Centinela* estamos enfrascados en eso que llamamos guerra cultural. Y ¿quién nos inspira en la batalla? Como bien apunta Enrique García-Máiquez, el conservadurismo «es una conversación viva —y con frecuencia polémica— de pensadores, escritores y artistas». Por eso no podemos adherirnos por completo a ningún autor, escuela o corpus doctrinal. Seguimos un hilo de pensamiento, de sensibilidad común, que nos lleva desde Edmund Burke a Roger Scruton o desde Juan Donoso Cortés a, por qué no, José Antonio Primo de Rivera. Mantenemos una «conversación con los difuntos» y de ella extraemos los principios y aprendizajes que nos ayudan a proteger esa herencia cultural amenazada.

Afortunadamente, cada vez más jóvenes se unen a esa conversación. En este mundo que, como poco, se tambalea, ven despertar un instinto en su interior que les empuja a buscar formas de proteger la casa común. Estos son los nuevos rebeldes. Los punks del tercer milenio que, a diferencia de sus predecesores, nihilistas

y «sin futuro», anhelan el orden y las certezas en una sociedad líquida y desestructurada. Jóvenes que rechazan los dogmas de la posmodernidad y que carecen de complejos para cuestionar el orden establecido. Miembros de una rebelión conservadora que ya está dando sus primeros pasos.

Para ellos es este libro, escrito por otros jóvenes con sus mismas inquietudes y desvelos. Una obra que no aspira a ser un manual de teoría política. Tampoco un código de conducta o pensamiento al que ceñirse rigurosamente. O una ortodoxia a la que someterse. Al fin y al cabo, no podemos vivir ajenos a nuestro tiempo, y las visiones idílicas e irreales de la vida no nos van a ayudar a proteger ese hogar a punto de venirse abajo. Lo que pretende este libro es mostrar al mundo las ideas que estos jóvenes conservadores tienen que ofrecer. Jóvenes que viven en grandes ciudades, trabajan para multinacionales, utilizan *smartphone* o ven la vida a través de Instagram, pero que también son conscientes de su responsabilidad para transmitir el legado de sus mayores a todos los que están por venir. Jóvenes que puedan dar una lección sobre «cómo estar en el mundo sin pertenecer a él».

¿Es de *hippies* querer preservar el medio ambiente? ¿Existe objetivamente la belleza? ¿Merece la pena invertir tiempo en alimentar el espíritu? ¿Puede surgir una familia de una cita en Tinder? ¿Todavía existen comunidades por las que trabajar? Estas y otras cuestiones las abordaremos en las siguientes páginas, en un viaje al fin de la noche, donde los centinelas aún custodian las hogueras que han alumbrado nuestro mundo.

¿Sobrevivirá nuestra civilización? No sabríamos decirlo. Pero sí creemos, como el hobbit Samsagaz Gamyi, que «el bien aún existe y tenemos que defenderlo».

RECUPERAR LO LOCAL

Por CARLOS HERNÁNDEZ

Hace unos meses acogí con entusiasmo el encargo de *Revista Centinela* de redactar algunas ideas sobre el mundo local y el conservadurismo. Me propuse entonces poner en orden algunas lecturas, acometer otras nuevas y tratar de hacer una aproximación sistemática y concienzuda al asunto. Con el paso del tiempo, mis reflexiones me llevaron por otros derroteros y comprendí que iba a ser más didáctico y persuasivo si, en lugar de presentar un rosario de citas, autores y doctrinas, partía de mis vivencias concretas y mis relaciones sociales para alumbrar una propuesta de vida buena enraizada en el territorio.

Lo local ha ocupado siempre un lugar central en la imaginación conservadora, tan apegada a lo concreto, lo cotidiano y lo real. Se suele decir que el conservador prefiere lo singular sobre lo general, lo cercano sobre lo lejano, los contornos precisos sobre lo difuso y abstracto, lo conocido y tangible sobre las promesas de un paraíso terrenal. Se sostiene, también, que esta distinción es antes producto de un instinto que de una doctrina. Desde luego, así ha sido en mi caso. Ayuno de referentes familiares escorados a la derecha y carente de fe religiosa o de otros elementos que hubieran podido orientarme en el mundo de las ideas, mi experiencia

ordinaria de lo local ha sido lo que me ha hecho entenderme o descubrirme, con el paso de los años, como un auténtico conservador, como alguien que busca preservar y asegurar una serie de espacios, rutinas, identidades y pautas de relación social que completan al ser humano y le ayudan a ser feliz.

Nuestras experiencias no tienen lugar en el vacío. Al contrario, están geolocalizadas. Lo mismo sucede con nuestras emociones o con las representaciones que nos hacemos de la sociedad, la justicia o el porvenir. Las plazas, las iglesias, los negocios de toda la vida o el paisaje de nuestras andanzas dicen mucho de lo que somos y de cómo hemos llegado a serlo. En un mundo cada vez más homogéneo, digital e impersonal, el mundo de las «no-cosas» del filósofo surcoreano Byung-Chul Han, los barrios, los pueblos o las comarcas son depósitos donde se cobija aquello que nos distingue y diferencia: el estilo arquitectónico de las fachadas, la estética de las calles, la memoria asociada a determinados lugares, los rituales heredados y transmitidos o los olores, imágenes y sonidos de la naturaleza.

No es solo el patrimonio material. El espacio local es, sobre todo, el territorio en que se encarnan una serie de hábitos, prácticas o formas de relación social que nos unen a través del tiempo con las generaciones pasadas y con aquellas que aún están por venir, en una suerte de conversación indescifrable para el observador externo pero transparente y comprensible para el paisano que participa de esos usos y costumbres.

Los lugares en los que nacemos, crecemos, saltamos a la madurez o desarrollamos nuestra vida adulta imprimen una huella indeleble en nuestra manera de ser y de estar en el mundo. Pensamos siempre desde un sitio, una relación, un recuerdo o una ilusión. Llevamos los conceptos universales a realidades conocidas, que identificamos. Y esto vale para el barrio tranquilo y apacible de una ciudad de provincias, para el distrito densamente poblado

de una gran urbe, para el pueblo de los abuelos, para la comarca que algunos tuvieron que dejar atrás en busca de mejores oportunidades o para el municipio serrano o costero donde otros han pasado sus vacaciones veraniegas. Todos tenemos un lugar al que volver. Un refugio en el que conservar el tarro de nuestras esencias y sentirnos a cubierto.

Algunos, incluso, somos afortunados y, a falta de una, tenemos dos pequeñas patrias carnales. El barrio de Tetuán, en Madrid, es una de las mías. Allí se conocieron mis padres cuando estudiaban en la misma escuela, allí se casaron cuando apenas superaban la veintena y allí han tenido desde entonces su hogar, que ha sido el mío hasta hace unos años. En Tetuán vivieron y prosperaron mis abuelos y residen hoy mi única abuela, mis tíos, mis primos y mi hermana. La historia viene de lejos: en Tetuán recalaron hace ya más de cien años mis antepasados, cuando entonces era un suburbio proletario que crecía adosado a la ciudad oficial. Sin saberlo, mis ancestros marcaron, con sus sucesivas decisiones, el mapa de mis movimientos y mis aventuras, el terreno de juego de mis experiencias, mis anhelos y mis interacciones.

De pequeño recorría Tetuán de la mano de mi abuelo cada domingo. Por la mañana íbamos al «Rastrillo», una suerte de mercado ambulante, sucedáneo local del Rastro, donde intercambiaba cromos de fútbol con otros chicos y hojeaba libros de terror. Después íbamos a tomar boquerones en vinagre y berberechos a una taberna en la que los parroquianos se llamaban por su nombre y que, por desgracia, cerró a la muerte de su dueño. Hoy es un bazar chino. Al mediodía nos juntábamos toda la familia para comer y por la tarde paseaba de nuevo con mi abuelo, cada uno con un auricular en un oído, escuchando en la radio los partidos de primera y segunda división. La jornada terminaba con unos churros y chocolate caliente en una popular cafetería que hoy alberga la sede de una franquicia. Aquellos paseos exploratorios, guiados por

un inmejorable cicerone, me hicieron descubrir los rincones y la magia de aquel barrio, que marcaba los confines de mi mundo en mi infancia, y me llevaron, tiempo después, a participar de su vida asociativa y a consagrar parte de mi carrera profesional a la investigación de sus orígenes y cultura popular. Hoy, con otros desafíos laborales y otras preocupaciones en mente, vivo en Tetuán con mi novia, y en Tetuán espero que antes o después mis hijos puedan corretear y jugar a los exploradores.

El pueblo de Guadarrama, a los pies de un sinfín de bosques y montañas que por más que recorra nunca terminaré de conocer por completo, es la segunda de esas patrias, acaso la más importante. En Guadarrama compraron mis abuelos, hijos de trabajadores a los que el esfuerzo educativo de sus padres convirtió en clase media, un piso en una pequeña urbanización de bloques, con zonas comunes, servicios comerciales e instalaciones deportivas. Allí veraneó mi madre de pequeña y pronto se le unió mi padre. Sus amigos de entonces, que todavía conservan hoy, son los padres o los tíos de los míos. Sus rutinas de entonces han sido años después las nuestras: los mismos juegos, las mismas fiestas de pueblo, los mismos bares, los mismos puntos de encuentro, los mismos rituales de celebración y exaltación de la amistad, los mismos recuerdos en la piscina, en el campo de fútbol o en la naturaleza circundante, el mismo sentido de orgullo, implicación y cooperación en pro de la comunidad.

Guadarrama ha cambiado en este tiempo. A algunos, los más pudientes o con gustos más cosmopolitas, aquellos veranos en un mismo sitio les saben hoy a poco y han terminado vendiendo sus pisos. Su lugar lo han ocupado nuevos vecinos que han fijado allí su primera residencia, lo que ha enriquecido el fresco social de la urbanización y la ha hecho más parecida al país. Mucho más, desde luego, que la plantilla de una consultora o los miembros de un grupo de investigación de letras, por citar dos ejemplos señeros

de entornos burbuja desde los que se suele pensar el país con un léxico incomprensible. En Guadarrama tengo amigos cuyos padres son abogados, profesores o médicos, pero también otros que son hijos de transportistas, de conserjes o de policías.

Las mudanzas no han alterado lo sustancial. En Guadarrama todos disfrutamos de una vida plena, al aire libre, cara a cara, en la que la suerte de uno va unida a la de los demás, en la que el disfrute colectivo tiene mucho de ofrenda a quienes nos precedieron, en la que todos estamos al cabo de la calle de la salud de un abuelo o del éxito de un hijo, y en la que el roce en el chiringuito o el contacto en la pequeña tienda de ultramarinos garantiza una verdadera convivencia intergeneracional.

Guadarrama ha sido para mí y para mis amigos una universidad para la vida en común. Allí tuvimos nuestro bautismo adolescente, con los primeros besos y declaraciones de amor, las primeras cervezas, las primeras salidas nocturnas y el descubrimiento de la autonomía a lomos de nuestras bicicletas, al principio, y de los coches de los mayores del grupo, después. En Guadarrama y de Guadarrama he aprendido el valor de la pertenencia, el sentido del arraigo y la herencia, el calor de los vínculos fuertes, el amor por la naturaleza, la belleza del deporte y la importancia de participar en la vida local, procurando el bien del otro, ya sea organizando excursiones, bailes o concursos para los niños, ya comilonas y festejos para los adultos.

Guadarrama ha sido un lugar para el encuentro comunitario y, en consecuencia, también un entorno humano desde el que pensar España, cuando ya en la adolescencia descubrí que la política era una de mis pasiones. En un país que camina hacia una segregación absoluta de las vivencias de ricos y pobres, en el que se han cortado los canales de comunicación entre jóvenes y ancianos, donde la privatización de las experiencias y los servicios ha deshecho nuestro tuétano común, en el que la digitalización y el

anonimato han sustituido el trato cercano, donde las ideologías y las identidades buscan volar los puentes que nos unen y en el que el avance burocrático del Estado ha puesto en entredicho la libre asociación desde abajo, Guadarrama, con su acervo de hábitos y prácticas en común, es un reservorio de ese *demos* que cada día es más difícil detectar y rescatar. No puede existir debate sobre el futuro de la comunidad si esta deja de ser una experiencia física y ética compartida. Si no hay un *nosotros*.

Los veranos en Guadarrama duraban de mediados de junio a finales de septiembre, y pobre de aquel que quisiera pisar, aunque solo fuera por un día, el asfalto abrasador de la capital. El viaje de vuelta a Madrid, con el coche atiborrado de maletas, era siempre el peor momento del año. Y no porque terminara el verano y retornaran las obligaciones, sino porque se ponían en pausa los afectos, los lazos y la vida estrecha, callejera y empotrada en la naturaleza que disfrutaba durante esos meses. Los que participábamos de aquello notábamos que desprendía un aura especial. Tal vez por eso nos hicimos todos mejores amigos, igual que habían hecho los de la quinta anterior, y los de la anterior a esa, y comenzamos a reunirnos no solo en Guadarrama, sino también en Madrid, que se convirtió en una extensión de Guadarrama, y no al revés.

Hoy, en el inicio de la treintena, las responsabilidades profesionales y familiares o las deferencias debidas con la pareja hacen imposible repetir aquellos veranos interminables, pero por fortuna aún conservamos de ellos mucho de lo que nos hacía felices. Muchos fines de semana estivales y la práctica totalidad del mes de agosto desembarco en Guadarrama. Paso valiosísimo tiempo con mis padres y mi abuela, comparto con mi novia los espacios que me han hecho ser lo que soy, y gozo con amigos y vecinos del privilegio de la vida en comunidad.

En este punto, resulta interesante desempolvar la historia de Hernán, uno de los compinches de mi adolescencia y hoy pilar

imprescindible en mi vida. Sus padres decidieron vender la casa familiar en la sierra a la muerte de su abuelo, hará unos quince años, pero Hernán ha seguido yendo a Guadarrama todos los fines de semana veraniegos que ha podido, durmiendo en casa de unos o en casa de otros, pasando solamente el día o alquilando una habitación en una de las pensiones del pueblo. Su compromiso refleja a las claras lo que implica para él esa pequeña patria. Fuera de Guadarrama se siente extraño, desconectado de sus orígenes, alienado. Por eso vuelve una y otra vez. Bastan una piscina, una cancha deportiva, un chiringuito, un paisaje reconocible y unos rostros familiares para sentirse en casa.

Aunque la soberbia de nuestra época, que es la del hombre esculpido a sí mismo, la del lenguaje adanista de la *startup* y la de la autodeterminación cultural, nos haga creer que somos aquello que elegimos ser —las series que vemos en Netflix, los productos que compramos en Amazon, las canciones que escuchamos en Spotify o las fotos de los viajes que coleccionamos en Instagram—, lo cierto es que somos hijos de nuestras vivencias y rutinas en los entornos más inmediatos de socialización, esto es, en el hogar y en su proyección inmediata, lo local, donde desarrollamos nuestros afectos y devenimos animal político.

Mi Tetuán y mi Guadarrama son Valladolid y Pobladora del Valle para mi novia. O el barrio de La Estrella en el caso de Dani. O Villamanta para Santi. O San Vicente de la Barquera para Arturo. O Gijón para Cris. O San Pedro Palmiches para Laura. Ninguno seríamos lo que somos hoy sin esos lugares, sin esos *heimaten* que han marcado nuestra manera de mirar y entender cuanto nos rodea. Entornos pequeños, insignificantes para las grandes historias que tienen lugar en el mundo, pero enormes para nuestras pequeñas historias particulares, como Tolkien se encargó de contarnos con La Comarca, quintaesencia de la comunidad local apetecida por un conservador.

Densidad social

Cuanto más densos sean nuestros entornos naturales de relación social, más guarecidos estaremos, más acompañados nos sentiremos y más libres seremos de actuar, participar o escoger sin coacciones, chantajes o imposiciones. De la estabilidad y fortaleza de esas instancias primarias de socialización dependerá también nuestro aprendizaje cívico. Palabras como entrega, cuidados, compromiso, solidaridad, bien común o responsabilidad solo se llenan de significado con el ejemplo, la práctica y la imitación en espacios concretos, con personas concretas.

El funcionamiento de los vínculos permanentes es virtuoso cuando vienen mal dadas. Lo hemos visto en las últimas crisis: familias enteras que salían adelante con la pensión de los abuelos, hipotecas o alquileres que se podían abonar gracias a la ayuda de los hermanos, jóvenes que dejaban los pisos minúsculos del centro de las ciudades para volver a la casa del pueblo, vecinos que paraban desahucios en 2008 y otros que llevaban la compra a los más mayores en la pandemia de 2020, comerciantes de toda la vida que fiaban a sus clientes otra vez, asociaciones locales que organizaban bancos de alimentos o de libros escolares, pequeños sindicatos, fundaciones o parroquias que llegaban allí donde no lo hacían ni el Estado ni la política organizada.

Las bondades de las comunidades orgánicas trascienden los momentos de penuria y bañan las escenas más triviales de la vida cotidiana. El arraigo se traslada al cariño de la amistad duradera y desinteresada, al disfrute de un tiempo libre no mercantilizado o a las redes de ayuda mutua que se tejen entre vecinos, donde cada uno pone a disposición de los demás recursos, habilidades y saberes técnicos sin esperar nada a cambio. Es la lógica del don, del desprendimiento y de la reciprocidad frente al cálculo frío, el contrato prefijado o la contrapartida monetaria. El lazo duradero,

capaz de estructurar sociedad, frente a la interacción efímera, incapaz de dejar poso o de generar vínculos fuertes.

En el mundo de las relaciones líquidas y digitales la interacción personal, profusa y cara a cara se torna un potente asidero contra la abstracción y la soledad. La seguridad no la da un elevado número de efectivos policiales o una extensa malla de cámaras de vigilancia, sino un tejido social fuerte, cimentado en las actividades compartidas, el conocimiento mutuo y la pertenencia a un mismo ambiente social. En Guadarrama es tradición que los chiquillos anden en pandillas por la calle cada noche, como antaño se hacía en casi cualquier sitio, y descubran, así, al mismo tiempo, el sentido de la libertad y el de la responsabilidad. Mientras los padres toman una cerveza en el chiringuito tras el cierre de la piscina o mientras cenan tranquilamente en casa, sus hijos, que apenas levantan un metro del suelo, juegan a las variantes locales del escondite y el pillapilla hasta las once o las doce de la noche, en función de la edad. Unos cuidan de los otros y luego se acompañan a casa. Jamás sucede nada. Por eso, generación tras generación, los padres, que un día fueron niños en Guadarrama, siguen actuando con la misma despreocupación, pues saben que, en el improbable caso de que algo pasara, siempre habrá cerca un conocido, un hermano mayor o un amigo dispuesto a echar un cable.

Con los mayores sucede algo parecido. Hace un par de años, mi abuela regresaba de hacer una pequeña compra bajo un sol de justicia. Ninguno de nosotros estábamos en Guadarrama aquella mañana, pero no importó. Un vecino la vio salir del supermercado en el pueblo cargada con dos o tres bolsas y la llevó en coche hasta la puerta de su casa. Luego bajó y le ayudó a subir la compra. La escena se ha repetido con otros matices en otras ocasiones. Tiempo después, mi abuela desarrolló un alzhéimer incipiente. Un día del último verano se desorientó y bajó a la calle sin saber muy bien qué rumbo llevaba. En unos minutos ya había recibido una

llamada en mi teléfono: un conocido la vio despistada y agobiada, y creyó pertinente avisar a la familia. En otoño mi abuela tuvo un episodio parecido en la peluquería de Tetuán a la que ha acudido toda su vida. De nuevo en esa ocasión se activó el tejido social del barrio y la encargada llamó a mi madre para ponerla sobre aviso. Esa es la verdadera seguridad. La que surge de la costumbre, los lazos y las solidaridades del día a día.

El arraigo es también un antídoto contra la precariedad. Sociólogos como Pierre Bourdieu nos han enseñado que la clase social no depende exclusivamente del trabajo, los ingresos, el tren de vida o las propiedades, sino que también guarda una íntima relación con los círculos en que uno se desenvuelve, con las redes en que uno está inserto y con el acceso que uno tiene a determinados entornos formativos o intelectuales, es decir, con su capital social y su capital cultural. La pobreza, la marginación, la desigualdad, los techos de cristal o las toallas tiradas al suelo tienen mucho que ver con lo conectado o arropado que alguien está en sociedad, con las herramientas, los conocimientos, los apoyos o los recursos culturales y tecnológicos que alguien tiene a su disposición.

Quien tiene un amigo tiene un tesoro, dice la sabiduría popular. Una monumental investigación desarrollada en los últimos años en Reino Unido cruzando infinidad de variables, *Social Class in the 21st Century*, coordinada por Mike Savage, ha atestiguado este aserto. Las conclusiones del trabajo son claras. Por sus contactos, por la educación de sus padres o por los productos culturales que frecuentaron en su infancia o adolescencia, a algunos se les abren determinadas puertas que para otros son muros infranqueables. En el otro lado de la pirámide, la exclusión social está ligada no solo a la falta de medios económicos sino, muy especialmente, a la debilidad de la red de relaciones de las personas, al desarraigo o a la inestabilidad laboral y residencial. Cabría añadir, qué duda cabe, la inestabilidad sentimental que algunos promueven hoy como la

panacea de la emancipación y el progreso, y que es la puerta de entrada a trastornos y problemas de salud mental.

Esto lo entendieron a la perfección nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos de condición humilde. Si los barrios obreros que brotaron de la nada desde finales del siglo XIX y durante buena parte del siglo XX destacaron por algo fue por las poderosas instituciones colectivas que crearon sus habitantes para escapar de la miseria y hacer sus vidas más llevaderas, desde las cooperativas de viviendas a los economatos, de las sociedades de ocio a las colectas para erigir los servicios que escaseaban y que ninguna administración pública les proveía, de las parroquias a los sindicatos. Los barrios eran espacios para todo. Allí los trabajadores crecían, se ganaban el pan, compraban, disfrutaban de su ocio, se emparejaban y tenían hijos. Algo parecido sucedió en el medio rural, yermo y abandonado, donde floreció un rico entramado de prácticas y espacios de socorro mutuo, como las escuelas nocturnas para jornaleros o los hogares del jubilado. El resultado: un vigoroso sentimiento de pertenencia, un alto grado de identificación con el vecino, con la tierra o con la clase y un trampolín para el bienestar social. Y también un aprendizaje para la vida cívica: es posible alcanzar determinados fines con la acción común o la autogestión.

Una sociabilidad densa y bien trenzada en el territorio es un inmenso patrimonio cultural. Dicho patrimonio surge del calor humano y de la repetición natural e impremeditada de rutinas en los espacios de interacción de la comunidad, como el patio de corrala, los billares, el equipo local de fútbol, la peña taurina o el club de bolillos de la barriada. Sin ser su función principal, esos espacios garantizan la integración social, la comunicación entre los distintos y la reproducción de lazos de camaradería y horizontalidad. Lo mismo ocurre en el parque al que uno siempre puede bajar, porque sabe que encontrará rostros conocidos con los que jugar. O en los bancos de la plaza en los que intercambian recuerdos, anécdotas

y chascarrillos los abuelos. También en el bar de toda la vida en el que parroquianos y camareros andan sumergidos en una eterna y discontinua conversación, en la cola de la mercería o en la sala de espera de la barbería, auténticas instituciones sociales donde se comenta todo lo que se cuece en la localidad y se difunden todo tipo de chismes, rumores, preocupaciones o consignas.

Tetuán siempre ha sido para mis padres como un pequeño pueblo concebido a escala humana. A la hora de tomar el aperitivo «bajan a Emilio», donde exhiben fotos de la clientela en las paredes, incluida una de mi abuelo, o «a Rafa», que llevó a las casas de medio barrio embutidos y conservas en lo peor de la pandemia. Esto no hay inteligencia artificial, conexión digital o multinacional ostentosa que pueda igualarlo. También tienen nombre de pila para mis padres los encargados de la farmacia, donde conocen bien el historial de afecciones de mi abuela; los dueños de la tintorería; el veterinario que lleva la salud de Rey, nuestro labrador; las señoras de los puestos del mercado o la familia que regenta desde tiempos inmemoriales la papelería. La misma en la que compraba mi madre de pequeña. La visita a cualquiera de estos espacios siempre desborda el acto de consumo o el recado original, pues es rara la ocasión que no encuentran a alguien con quien pegar la hebra.

Y lo mismo sucede si miramos desde el otro lado de la barra. Mi amigo Ricardo ha recorrido todos los peldaños en el oficio de servir. Ha llevado con su madre una tienda de ultramarinos, ha sido camarero de innumerables negocios y a lo largo de los años ha montado con sus hermanos un *pub*, primero, y un bar-restaurante, después. Todos los locales estaban en Guadarrama y alrededores, lo que facilitó que Ricardo se convirtiera en un personaje tremendamente popular, en un ancla cuando todo lo demás cambiaba. Ricardo siempre se ha entregado en cuerpo y alma a su trabajo, conoce los gustos y preferencias de sus clientes y fía e invita con frecuencia, tal vez más de la recomendable. Pero nadie

le va a quitar esa idea de la cabeza. Cuando se conoce a alguien, suele afirmar, el dinero es lo de menos. Vale con la palabra, el trato personal y la costumbre.

Su caso es el mejor ejemplo que conozco de la importancia de apoyar el pequeño comercio, aquel que fija población y que genera puestos de trabajo en el entorno inmediato, tanto de productores como de proveedores o empleados, aquel que garantiza que los impuestos revierten en la localidad, aquel que ofrece un servicio personal y esmerado a los vecinos, aquel en el que uno reconoce parte de sí mismo. Aquel que se ajusta a los ritmos de vida y necesidades de descanso de los comerciantes, aquel que evita grandes desplazamientos a los clientes. Aquel, en definitiva, que se convierte en símbolo de un tipo de interacciones basadas en la proximidad, la familiaridad y la estrechez de los lazos sociales. Un espacio de esas características pronto se convierte en un robusto nodo de sociabilidad informal, en un lugar de peregrinación colectiva, justo lo contrario que el centro comercial masificado o la franquicia que cambia de productos y personal cada semana. Por eso es tan importante, con Chesterton, defender el negocio familiar frente a la gran superficie, la propiedad diseminada frente a la concentrada, la economía local frente a la globalizada, el mimo artesanal frente a la producción masiva, la comida casera frente a la ultraprocesada, la tasca de ritmos lentos frente al McAuto.

Identidad colectiva

En esas ágoras compartidas y recurrentes se terminan forjando narrativas o definiciones comunes sobre lo que acontece, se comparan ilusiones o problemas con los demás, y toma cuerpo aquello que podemos llamar comunidad, esto es, la idea de formar parte de un sujeto colectivo, de un «nosotros», que es al mismo tiempo